

RADOMIRO TOMIC ROMERO

**FUNDAMENTOS CRISTIANOS
PARA UNA NUEVA POLITICA
EN CHILE**



DOCUMENTOS PARLAMENTARIOS

1945

FUNDAMENTOS CRISTIANOS PARA UNA NUEVA POLITICA EN CHILE (1)

Por Radomiro TOMIC ROMERO.

Señor Presidente, Honorable Cámara: Hace dos años oí contar a un célebre jesuita belga, expulsado de su patria por los alemanes, una extraña conversación sostenida por él en México, camino a Chile, con el entonces Embajador soviético en esa República, señor Oumansky. Una mañana el Ministro de Bélgica lo llamó para decirle que el Embajador soviético le pedía una entrevista. Se trataba de dos hombres de vasta nombradía cada cual en el mundo cristiano y en el mundo marxista. Dos cosas me impresionaron en el relato que escuché al sacerdote católico en su largo cambio de ideas con el ateo militante, culto y profundo, que era Oumansky. La primera, una cuestión directa y dramática: "Señor —le había dicho el ruso— mañana la guerra terminará. Venceremos a Alemania. La Unión Soviética tendrá un ancho sitio en el espacio y en el destino de Europa. La Iglesia Católica se dice la única verdadera, la única santa, la única universal entre todas las confesiones religiosas en que se divide el Cristianismo. Supóngase que diéramos libertad religiosa, supóngase que abriéramos la conciencia de nuestras masas a la influencia del catolicismo. Quiero saber: ¿qué tienen ustedes que ofrecer a nuestros pueblos? ¿Qué fuerzas morales? ¿Qué ideas directrices? ¿Qué realizaciones han logrado los pueblos católicos?"

Y la segunda cosa que quiero recordar fué el resumen que el padre jesuita hizo de sus impresiones personales. Y dijo: "Durante cuatro horas sufrí, como sacerdote católico, la angustia de comprobár —por boca de un ateo— qué poco dignos de la Revelación y de la Fe han sido hasta aquí, los pueblos que se llaman a sí mismos "cristianos"!"

¿Por qué recuerdo esto? Lo recuerdo, porque en esa pregunta penetrante y en este amargo juicio, está contenido el gran tema que resume todo el problema de un nuevo orden moral, político y económico para la Humanidad. El gran debate —Comunismo o Cristianismo— que va a llenar una larga etapa histórica. Y lo recuerdo, señor Presidente, porque esta tarde quería hablar aquí en la Cámara, para los hombres de Derecha y de Izquierda y para los falangistas, sobre la manera cómo nosotros, nuestra Falange Nacional, está luchando para desentrañar un sentido nuevo de la política que tenga a la vez contenido cristiano y que sea capaz de dar a Chile esa reserva de fuerzas morales y de ideas políticas dinámicas, sin las cuales el Estado pierde su sentido creador y los pueblos perecen en la división de un "orden social" inerte y sin esperanza.

Dispongo apenas del tiempo exacto para tratar de un modo muy esquemático el problema de la orientación de la Falange Nacional, su fundamento doctrinario, su posición política y sus deberes inmediatos para con el país.

Señor Presidente: es frecuente oír a hombres tanto de la Izquierda como de la Derecha, quejarse de la Falange Nacional. No me refiero a la prensa interesada políticamente en el ataque o en el halago, sino al juicio espontáneo y sin segunda intención. Nos llaman "partido sin línea", "que no se define" y "cuya política no se entiende". Algunos nos juzgan "derechistas avanzados"; los más, "izquierdistas moderados"; no faltan quienes nos llamen "comunistas católicos"; y hasta hay algunos frenéticos para quienes somos "comunistas" a secas. Quiénes nos miran con odio; quiénes con sarcasmo burlón; quiénes con sincera y apretada esperanza: Escuchamos toda una gama de consejos que terminan siempre recomendándonos la "definición en la Izquierda o en la Derecha"; de cuando en cuando, alguna tentación más o menos burda, para que vendiendo nuestro destino tomemos bando en la envenenada querrela; y una que otra vez, inquietas preguntas, salidas de nuestra propia gente, a quienes a veces confunden y angustian los comentarios que falsifican nuestra posición.

No puedo contestar a todo hoy. Pero trataré de ser lo más claro que me sea posible, para que nos juzguen por nuestro propio rostro, por el que reconocemos como nuestro, y no por las caricaturas deformadas por intereses políticos, tales o cuáles, que tanto daño hacen a la larga a un partido pobre, sin prensa y sin medio de expresión.

Señor Presidente: para entender la naturaleza ideológica de un partido, su orientación política y sus métodos, es preciso considerar los tres elementos sustantivos que lo forman. Estos tres caracteres son: Primero: Los fundamentos filosóficos sobre el hombre y su destino, y, en consecuencia, sobre las esencias del orden social en que descansa la teoría política propiamente tal del partido. Estos fundamentos filosóficos o principios doctrinarios son lo que yo llamaría la "imagen del hombre", que sostiene interiormente la acción del partido y le da sentido y orientación. Segundo: El Plan Político propiamente tal, o sea, la visión que el partido tiene de la realidad nacional, de los objetivos que deben animar la acción del Estado; de los medios que deben crearse o aprove-

(1) Discurso pronunciado en la Cámara de Diputados, el 4 de Septiembre de 1945.

chase para realizar dichos objetivos nacionales. No se trata ya de una "teoría del Estado", sino de "un Plan de Gobierno", de una política de largo alcance, a través de la cual, conducir al país a mejores condiciones generales de vida; y Tercero: Los medios prácticos que el partido escoge, para actuar frente a la realidad política del país. Es decir, lo que usualmente se llama la "táctica", por la cual el partido espera ganar opinión pública y cumplir sus deberes inmediatos para con el país.

En esta triple clasificación simple —fundamento doctrinario, plan político y "táctica de acción"— yo quiero sintetizar, lo que somos y lo que queremos quienes formamos la Falange Nacional.

No puede concebirse un partido sin una interpretación del hombre. Creo que puede afirmarse que desde hace un siglo a esta parte, la lucha ha estado trabada entre el agnosticismo —"el hombre naturalmente bueno", y libre firmantes del "Pacto Social" de Rousseau— en donde hunden oficialmente sus raíces todos los partidos liberales y extraoficialmente, los partidos conservadores; y el marxismo —"el hombre y la historia, expresión de necesidades y de oposiciones económicas"— que proporciona la estructura ideológica a la variada gama de partidos de nuestra Izquierda, desde que en la Convención de Viña del Mar, el Partido Radical, abandonó el liberalismo doctrinario por el marxismo.

No puedo detenerme a probar cómo el liberalismo y el marxismo se siguen el uno al otro como la sombra sigue al cuerpo, por razón que ambos descansan en un común denominador materialista. Ni cómo el agnosticismo con su clásica diferenciación entre la moral y el individuo, ha penetrado desgraciadamente en nuestro Partido Conservador, a pesar del texto oficial de su Programa y del credo religioso de muchos de sus militantes, transformándolo en un partido de Derecha, orgulloso de esa condición, y al servicio de los mismos esquemas políticos y económicos del liberalismo.

La Falange Nacional no acepta, ni la interpretación marxista, ni la interpretación liberal del hombre y la sociedad. Hunde en cambio su pensamiento en la filosofía cristiana y extrae de allí una "imagen del hombre", que si es eterna en su contenido de verdad trascendental, es nueva, en cuanto aspiramos a darle una versión civil y política, y resulta cargada de fuerza transformadora y revolucionaria en la injusta y anticristiana sociedad de hoy. Nosotros queremos servir en el orden temporal, propio del Estado, bajo nuestra responsabilidad de seglares y sin torcidas confusiones con la Iglesia, esa "imagen eterna del hombre" que define el cristianismo: poseedor de un destino personal e inmutable. Libre y responsable en el orden moral. Esencialmente igual a todos los hom-

bres en la comunidad de origen, naturaleza y destino. Imperativamente hermano de sus semejantes, no por vagos vínculos contractuales o sentimentales, sino por el deber activo de la común y misteriosa filiación divina. Queremos servir la lógica prolongación que se produce en el orden social, de esta visión cristiana del hombre: el Estado, sociedad natural, sobre el cual pesa el deber activo de promover el bien común, mediante la doble función: de someter todos los intereses materiales particulares al interés general de la sociedad y de subordinar los fines de la sociedad civil, a la plenitud del desarrollo de los fines propios del hombre mismo.

No tenemos la orgullosa pretensión de ser los únicos cristianos que en el mundo de hoy estén dispuestos a dar este valor civil y político a la interpretación cristiana del hombre y su destino. Al contrario. Sentimos renovada nuestra esperanza cuando vemos que en todas partes del mundo: en Francia, en Bélgica, en Italia, en Estados Unidos, en Costa Rica, en Uruguay, en casi todos los países en que existen cristianos, hay grupos civiles, pensadores ilustres, diarios y revistas en que está prendiendo la ardiente llama de este nuevo concepto de los deberes del ciudadano cristiano para con las prolongaciones lógicas de su Fe y para con sus hermanos los hombres.

Hay algo que quiero declarar enfáticamente, y de una manera especial, para los hombres de Izquierda: al afirmar que es la voluntad de dar un testimonio cristiano, lo que constituye nuestro fundamento doctrinario, no estamos cometiendo el monstruoso error de mezclar la religión con la política, la Iglesia con el Estado. Comprendo que es difícil para los hombres de Izquierda entender la diferencia. Pero nosotros somos los primeros en aceptar con absoluta lealtad la neta separación que existe entre los fines propios del Estado y de la Iglesia. Son sociedades que trabajan con un súbdito común, pero en distintos órdenes, con atribuciones propias, y sin más nexos directos que aquellos que se producen en las materias mixtas.

Es claro que los fundamentos de un partido van más allá que la desnuda interpretación del hombre. Para ser lógico con el propósito de señalar los fundamentos doctrinarios que dan razón de ser a la Falange Nacional, tendré que extenderme —lo más brevemente posible— sobre algunos de ellos. Pero quiero adelantarme a una posible objeción. Sabemos bien que un partido político no es una escuela filosófica, y que su objetivo directo y específico no es debatir ideas generales, sino aplicar los principios a la realidad circundante. No hablamos de estos aspectos filosóficos porque nos entretengan o porque creamos que constituyen en sí mismo problemas políticos. Ciertamente no.

La verdad es que estas cuestiones filosóficas aparecen sólo de tarde en tarde, en la

superficie de los problemas políticos propiamente tales. Pero son, sin embargo, la única raíz de verdadera vida y de definición profunda para un partido. Es aquí, y no en el oportunismo de tales o cuales situaciones, deberes, ventajas o intereses, en donde debe buscarse el verdadero rostro de un partido, su justificación moral y política, la línea honda que explica su conducta.

Apenas, en esbozo, quiero explicar nuestra posición doctrinaria frente a cuatro cuestiones fundamentales: 1.º—Religión, Iglesia y Estado; 2.º—Deberes y derechos de la persona humana en la sociedad civil; 3.º—Finalidades y atribuciones del Estado; y 4.º—Conceptos sobre algunos elementos constitutivos del orden social: Familia, Propiedad, Libertad, Autoridad.

RELIGION Y POLITICA

No hay religión sin fe. Y la fe no se impone a palos ni a golpe de leyes. No se puede creer por obligación. Y en un sentido estricto, aunque suena extrañamente, la Fe no es ni siquiera voluntaria, aunque no le sea negada a nadie que la pida con humildad de corazón.

Está escrito en el Texto Sagrado que la Fe es un don del Espíritu Santo, y que el Espíritu sopla misteriosamente donde quiere. Los católicos agradecemos a Dios la Fe que nos ha dado. Por Fe —que no se opone a la Razón— creemos que Cristo es realmente el Hijo de Dios; que vino al mundo por amor a los hombres; que los redimió con Su Sacrificio; y que fundó Su Iglesia para perpetuar sus enseñanzas y facilitar a los hombres su salvación eterna, haciéndola infalible cuando habla “ex cátedra” en materias de Fe, Moral y Dogma y señalándole la esfera de su misión directa en el cuidado de las almas; y no en la esfera de los intereses temporales, que son propios del Estado, cuando pidió dar “al César lo que es del César, y a Dios, lo que es de Dios”.

En el mundo de hoy, en razón de las circunstancias de hecho que se han producido en los distintos Estados de la tierra —el nuestro entre ellos— y que caracterizan nuestra época histórica y cultural, y mientras la Santa Sede no condene su enseñanza como herética, aceptamos, como hipótesis, la interpretación de una Iglesia libre en el Estado libre, cuyo exponente más profundo en nuestro tiempo es el ilustre filósofo católico Jacques Maritain, profesor del Instituto Católico de París, miembro de la Academia Pontificia de Estudios Filosóficos, y actualmente Embajador de Francia ante el Vaticano.

En resumen. No pedimos la unión de la Iglesia y del Estado. En las actuales circunstancias, aceptamos la separación. No pedimos privilegios para la Iglesia Católica: pedimos, sí, efectiva y real libertad religio-

sa, y en razón de las circunstancias de hecho, la aceptamos para todas las confesiones. Libertad para practicar el culto públicamente. Libertad para enseñar la Religión también en las escuelas. Sólo pedimos un reconocimiento honrado y leal por parte del Estado, del alto valor social y moral de la Religión, independientemente de su verdad divina, y una conducta práctica conforme a este reconocimiento.

No somos un partido confesional. No podríamos serlo sin grave abuso de las instrucciones impartidas universalmente por la propia Iglesia. No hay, aquí, ni en parte alguna del mundo, partidos que tengan el derecho de arrogarse el nombre de “Partido católico”. Pueden estar formados por católicos, pero no tienen el derecho de atribuirse la representación del catolicismo, a comprometer en el terreno temporal la misión de la Iglesia, ni a actuar como representantes de ella o de la Religión en el seno del Estado.

No es el momento de hacer historia para explicarse por qué en Chile los católicos y los no católicos han confundido a la Derecha —y más particularmente al Partido Conservador— con la Iglesia y con la Religión; y porqué los católicos y los no-católicos ven en los Partidos de Izquierda enemigos naturales, más o menos virulentos, pero enemigos siempre, de la Iglesia y de la Religión.

Es una larga historia, sin duda. Y mucho más penosa en sus consecuencias para Chile de la que pueda imaginarse un observador superficial. ¡Liquidemos el pasado! Hagamos un esfuerzo deliberado y persistente por desvanecer el hondo recelo acumulado en 60 u 80 años de amarga lucha religiosa, visible o sorda; franca o hipócrita. Nosotros decimos que es absolutamente esencial romper cuanto antes esta falsa perspectiva, esta monstruosa deformación de criterio, que se produce en católicos y no católicos, cuando piensan y actúan en el campo político, como si necesariamente la Iglesia se confundiera con la Derecha y la Izquierda con los enemigos de la Religión. ¿No se ve, que es ésta una falsa perspectiva, creada exclusivamente por incidentes de hecho en el curso de nuestra historia, y sin raíces en la condición misma de la Iglesia y la política, de la Izquierda y la Derecha? ¿No se ve, que fuera de los países latinos, en que las luchas religiosas del siglo XIX fueron comunes a todos ellos, este problema no existe en los países sajones, germánicos, nórdicos o eslavos? Las grandes encíclicas llamadas “sociales” en que la Santa Sede condena con palabras de fuego el desorden moral y social propio del Individualismo y su secuencia natural, el Capitalismo, comenzaron hace más de 50 años con Rerum Novarum y se han continuado con igual energía a lo largo de los distintos Pontificados. El Código Social de Malinas, que definió los deberes del ciudadano cristiano en la sociedad civil, tiene ya casi 20 años. Pastorales, alocuciones y decla-

raciones de la Santa Sede y de distintas Jerarquías de los más variados países dan sólido pie para afirmar de un modo categórico que la Iglesia no se siente halagada en ser ni aparecer como aliada del orden social y económico propio del Capitalismo materialista.

Tal vez alguien pueda pensar que si bien es indiscutible la orientación independiente de la Iglesia frente a este problema, es el hecho que los católicos en cuanto ciudadanos se han sentido naturalmente atraídos al campo de la Derecha, y en todas partes han reconocido filas en los partidos que sirven sus posiciones. No quiero refutar con argumentos, sino con hechos: en Inglaterra la mayor parte de los católicos son laboristas. En Estados Unidos, si bien están por igual en el Partido Democrático y el Republicano, son católicos los más importantes jefes nacionales de la Federación Americana del Trabajo y del C. I. O., que son las grandes centrales obreras norteamericanas. En Alemania, el Partido del Centro, en el que formaban los católicos, no aceptó jamás ser un partido de Derecha, y el Canciller Bruening, hombre de sus filas, fué derribado por intentar una distribución más equitativa de las tierras. En Austria todas las grandes reformas sociales fueron hechas por los Gobiernos sostenidos por los grupos políticos de católicos. En Yugoslavia la reforma agraria que estableció una de las más perfectas distribuciones de la tierra en Europa, fué llevada a efecto bajo la presión del Partido Campesino, en que militaban la gran mayoría de los católicos yugoeslavos. En Italia el Partido Popular, dirigido por Dom Sturzo y barrido por el fascismo, no tuvo nada en común con lo que en Chile llamamos "Derecha"; y ha servido ahora para reconstituir un grupo político poderosísimo, como es el Partido Demócrata Cristiano. En Bélgica, el llamado "Parti Catholique" tampoco admitiría parentesco con la orientación económico-social de nuestros partidos de Derecha. En Francia misma, junto al grupo desgraciadamente numeroso de católicos pro-fascistas, monarquistas y conservadores, es preciso reconocer la existencia de un núcleo muy vasto de católicos ardientemente dispuestos a desligarse de los cuadros tradicionales de la acción cívica. Es enorgullecido reconocer que en ellos ha estado el centro más compacto, sólido y lúcido del movimiento mundial tendiente a dar a los católicos civiles una nueva visión de sus tareas en el orden temporal.

Estos son los hechos en Europa, comprobables por quien quiera incomodarse siquiera a la ligera en averiguarlos y constatarlos.

Aún en nuestra América, en que por obra de factores históricos que no es del caso analizar, los católicos están en una posición tan desventajosa para comprender el mundo nuevo cuyos bordes tocamos, hay dos o tres países en los cuales se puede reconocer la mis-

ma claridad combatiente, la misma voluntad de superación del orden capitalista. Pasa así con Uruguay y el grupo político, reducido, pero de alta calidad moral e intelectual, de la Unión Cívica. En Argentina, con grupos como el Partido Popular, "Orden Cristiano", y otros, que si bien son una minoría absoluta, de políticos, sostienen con singular valor e inteligencia, un nuevo sentido del deber social para los católicos argentinos. Recientemente se ha producido en Costa Rica un movimiento de extraordinario interés, llamado el "Movimiento Rerum Novarum", que obtuvo plena aprobación de la Santa Sede después de ser acusado a Roma por los católicos reaccionarios.

Estos son los hechos, señores Diputados. ¿Por qué perseverar en la torpeza de continuar identificando a la Iglesia o a los católicos con los objetivos e intereses propios del Capitalismo o de la Derecha? ¿Y por qué seguir nosotros los católicos, creyendo que es una consecuencia natural de nuestra fe el ligar los destinos de la Iglesia y de sus legítimos derechos e intereses a la permanencia y al fortalecimiento de los partidos de Derecha?

¡Ciertamente que "las izquierdas y derechas" de esta tierra no son las derechas e izquierdas del Padre Celestial!

He demostrado que ello no corresponde al pensamiento de la Santa Sede ni a la posición fundamental de la Jerarquía en los distintos países de la cristiandad. He demostrado que los católicos ingleses, norteamericanos, alemanes, austriacos, italianos, yugoeslavos, franceses, uruguayos, costarricenses, etc., no creyeron lo mismo respecto a sus países, y que su acción política teórica y práctica no reconoció ligamentos ni compromisos con lo que nosotros llamamos "el Derechismo". ¿Por qué no reconocer, señores Diputados de todos los bandos, que si en Chile pudiera la gente de Izquierda liberarse del prejuicio de atacar a la religión o negarle toda suerte de facilidades para debilitar así a la Derecha; y a los católicos de afiliarse a los partidos de Derecha como medio de defender a su fe y a la Iglesia del ataque de sus enemigos; ese día abríramos una perspectiva profunda y nueva para construir en Chile un orden social y un régimen de gobierno renovado sustancialmente en su estructura política y capaz de emprender y realizar las grandes tareas nacionales que no puede acometer el Estado de hoy, paralizado por el divisionismo? No es acaso claro, señores Diputados, desde otro ángulo, qué tremenda transformación, qué perspectiva tan profundamente nueva, se abriría para Chile si pudiéramos zafarnos de este pie forzado que divide a la nación y que esteriliza cualquiera nueva audacia en la concepción de su estructura política o de sus tareas nacionales? ¡Liquidemos de una vez el viejo y obscuro lastre del prejuicio religioso o anti-religioso en la política, que nos está hacien-

do imposible la formación de una nueva conciencia cívica y de una mirada limpia, tendida sobre el porvenir de la Patria.

No puede culpárse solamente a los hombres o partidos de Izquierda de estos resabios y prejuicios. Nuestra acción se fundamenta en el pensamiento cristiano y la gran mayoría de los falangistas somos católicos. Pero es precisamente por esto que nosotros denunciámos la grosera tentativa de presentar a Dios ligado a los intereses de un Partido. ¡Dios no es derechista, ni aquí, ni en parte alguna de la tierra! Dios no es derechista ni conservador.... ni izquierdista, ni falangista. Dios no está en los Partidos; ni Cristo vino al mundo a fundar Partidos; ni dejó a los Partidos mandatos para administrar Sacramentos; permisos o prohibiciones; premios o castigos. Ni la Iglesia necesita de los Partidos para que sea valedera la promesa evangélica de que "las puertas del Infierno no prevalecerán contra Ella".

Quiero decir a los hombres de Izquierda de esta Cámara y del país, que el día que ellos y sus Partidos tengan la visión política, el coraje moral y la generosidad patriótica de negarse a ver en la Iglesia un aliado natural de la Derecha, de olvidar algunos hechos reales, aislados, que ellos; y nosotros también! conocemos, de tratarla con respeto cordial, valorizando efectivamente —y no sólo con palabras fáciles e insinceras— su aporte moral y material en beneficio de los intereses de la sociedad y del Estado, aunque sea sin relación con su enseñanza, metafísica misma, el día que los hombres y los Partidos de Izquierda hagan este acto de confianza en la Iglesia, la provoquen con este desafío a la mutua generosidad, yo estoy seguro, señores Diputados, que en corto tiempo, quedaría destruido todo el cuadro de influencias, de fuerzas y de intereses que sostienen a la Derecha capitalista y a sus intereses económicos. ¡Estoy seguro que la Iglesia no sería vencida en ese desafío a la generosidad! Pueden estar seguros que la Iglesia en Chile se desprendería de esa aparente unión con la Derecha el día en que mucha gente de Izquierda se despojara de ese sectarismo mezquino que con no poca frecuencia se encuentra en ellos. Una actitud sincera de la Izquierda en este terreno haría que inmediatamente la Iglesia modificara su posición de temor y desconfianza (bastante justificado) hacia ella. La gran masa de la gente católica, la más fielmente adicta a la Iglesia, la que siempre sirve y nunca exige, es la gente modesta. Esta gran masa, económica y socialmente, está poco ligada a la Derecha. ¿Qué es entonces lo que la une políticamente a ella? La amenaza en que la Iglesia y las creencias e instituciones religiosas viven desde hace más de 50 años, de leyes impías; la positiva acción de exclusión que contra la Iglesia y los hombres de Iglesia se hace; la labor sorda y hostil con que se combate el

ejercicio de su ministerio en el campo de la educación. ¿Será capaz la Izquierda chilena de comprender la magnitud de la nueva perspectiva que se abriría para los ideales de renovación económica y social, si fueran capaces de ahogar la mezquindad sectaria que se expresa en minucias como quitarles partidas del presupuesto a las monjas táles o cuáles, estorbar la creación de una escuela parroquial, negar ayuda a la enseñanza particular, prohibir que los "scouts" católicos vayan a misa de uniforme? Yo sé que hay un sector de la masonería chilena para el cual el odio anti-religioso sigue siendo el primero de sus impulsos cívicos; pero apelo a la inteligencia y a la sensibilidad de quienes, en las directivas de la Izquierda, perciben mejor el pulso nuevo de nuestro mundo; apelo al pueblo y a la juventud, para que sofoquen esos repuntes sectarios y hagan posible una política amplia de efectiva avanzada social y económica con la decisiva participación de grandes sectores católicos. Mientras este cambio no se produzca será inevitable que el hombre de la calle crea que la Izquierda es enemiga de la Iglesia y que la Derecha es su defensora. Yo no sé si la Izquierda oírás este llamado, pero si lo hiciera daría al país el "punto de apoyo" necesario para una rápida y profunda transformación económica y social. Y digo al mismo tiempo, señor Presidente, a los católicos que militan en los Partidos de Derecha, o votan por ellos, o simpatizan con ellos, en razón de que los estiman necesarios para la salvaguardia de los intereses morales de la Iglesia y de la Religión; a esa multitud de católicos, que prefieren mucho más ser católicos que derechistas; que el día que ellos tengan la audacia de mirar hondo en su fe y en la imagen que ella les devuelve del hombre y su destino, el día que acepten luchar resueltamente por un orden social, justo y cristiano; por servir ideas como la expresada últimamente por el Papa: "Dios hizo la tierra para todos, y es para que todos vivan de ella"; el día que ellos tomen ardentemente en sus manos la lucha contra este "orden social", injusto en su entraña materialista; el día que se nieguen a medir a los demás chilenos en la política por su condición religiosa y defiendan, dentro de la moral y de la ley, pero con la vehemencia del que cree en la grandeza de la causa por la cual lucha y sueña con su victoria, todo lo que acerca el advenimiento de un verdadero orden social cristiano, ese día van a destruir de una manera decisiva el cuadro amenazante de influencias y de crecimiento del marxismo y de los intereses marxistas en Chile. Si los católicos buscáramos realmente "el reino de Dios y su justicia"; si no nos dejáramos atraer por las cosas *aparentemente* católicas, sino por las *realmente* católicas; si comprendiéramos que el 80% de nuestro comunismo es hambre de pan y sed de justicia, y orientáramos nuestra acción en un hondo y sincero

programa de reformas sociales, dejaríamos a los grupos militantes marxistas vacíos de justificación y de amenaza.

¿Qué perspectivas hay en este campo, en este "lado de la barrera", de acoger este llamado? Yo sé que la Derecha está formada por grupos de una variada y confusa gama ideológica, desde fervientes católicos hasta ateos militantes; desde creyentes sinceros que quisieran servir mejor sus deberes sociales y cívicos, hasta duros e implacables "señores del dinero" para quienes lo ÚNICO importante es que nadie se meta en su "propiedad" y para lo único que trabaja en la política es para ensanchar y alzar el cerco: si puede ser de cruces, ¡santo y bueno!, si no, de bayonetas. De éstos últimos "católicos" no puede esperarse nada. Pero apelo también aquí a la conciencia de muchos hombres de toda edad y condición que en la Derecha son más católicos que derechistas; apelo, sobre todo, a la juventud católica, a la que conozco bien y sé en mucha parte poseída de una torrutante y magnífica inquietud social.

Ocurre que los católicos confundimos con demasiada ligereza este orden social con un "orden cristiano". Por lo que toca a nosotros, no reconocemos un "orden cristiano" en el "desorden" de nuestra patria. Volvamos la mirada en torno nuestro. ¿Cómo olvidar al sacerdote jesuita: "Durante 4 horas sufrí, como sacerdote católico, la angustia de comprobar —por boca de un ateo— qué poco dignos de la Revelación y de la Fe han sido hasta aquí los pueblos que se llaman a sí mismos "cristianos"?

LA PERSONA HUMANA Y LA SOCIEDAD CIVIL

El hombre ha sido creado por Dios y su destino es inmortal. La sociedad civil existe como un medio necesario para que los hombres logren la plenitud de su desarrollo moral y material y alcancen así, más fácilmente, su fin eterno. Para nosotros, el hombre posee derechos naturales, esenciales a su condición espiritual, anteriores al Estado y que deben ser, no solamente respetados, sino servidos por la sociedad civil. Estos derechos naturales, inherentes a la condición humana que abarcan, entre otros, la vida, la familia, el conocimiento de la verdad, la práctica de la virtud, la libertad, la propiedad, etc., no deben ser confundidos con la multitud de derechos e intereses individuales, cuyo origen está en la forma contingente como se organiza la sociedad, y no en la naturaleza humana misma, y todos los cuales, quedan sometidos al interés común, pudiendo ser suprimidos, limitados o modificados según la conveniencia colectiva determinada lícitamente por la autoridad legítima.

Son derechos naturales todos aquellos, sin los cuales, el hombre vería contrariada la consecución de su fin sobrenatural. Tienen

una extensión limitada por su propia naturaleza y finalidad. Más allá de ese límite quedan —como los derechos e intereses individuales— sometidos a la norma del bien común, cuya responsabilidad pesa sobre el Estado, es decir, la sociedad civil organizada.

Este concepto del hombre y la sociedad es fundamentalmente distinto al concepto marxista o al concepto capitalista.

FINALIDADES Y ATRIBUCIONES DEL ESTADO

No aceptamos tampoco la interpretación liberal capitalista del Estado ni la interpretación marxista. Ni el Estado neutro y vacío; ni el Estado todopoderoso.

Hemos definido ya su doble rol: por una parte está obligado a organizar la sociedad civil de manera que sea más fácil para los hombres que la integran, su perfeccionamiento moral y material en orden a su fin último. Por otra parte, es al Estado a quien corresponde el deber activo de someter todos los intereses particulares al gran interés de la comunidad.

No estoy hablando aquí del "Plan Político", de las tareas para el Estado o para el Gobierno en Chile. Estoy definiendo un concepto que distingue fundamentalmente nuestra posición ideológica de aquéllas que son propias del Liberalismo y del Marxismo.

Sabemos que no está todo dicho cuando se circunscribe la acción del Estado a finalidades exclusivamente de orden terrenal y material. La sociedad civil tiene también motivos más altos que la justifican. Esperamos con Maritain, que "pronto han de aparecer los esbozos de una política cristiana, —que no es ni una política teocrática o clerical, ni una política pseudo-evangélica de no resistencia al mal—, sino una política auténticamente política. Es decir, consciente de que está situada en el orden de la naturaleza y armada de la justicia, de la fuerza, de la prudencia y del poder, que es atributo del Estado; pero sabiendo también que la paz no es solamente obra de la justicia, sino del amor, y conociendo en la medida que conviene al orden político y a su propio fin temporal, algo del espíritu, de la caridad y del perdón".

FAMILIA, PROPIEDAD, LIBERTAD Y AUTORIDAD

En este puñado de conceptos esenciales quiero, también, definir nuestra posición.

Para nosotros la familia es la célula básica de la sociedad civil. La Nación no está formada por individuos; ¡está formada por familias! La unidad de la familia es, no solamente indispensable para el desarrollo de

la personalidad moral del hombre, sino indispensable para la organización y la eficacia de la sociedad civil. La unidad de la estructura familiar a base de la indisolubilidad del matrimonio, es una obligación que la sociedad tiene derecho a exigir de sus miembros. El divorcio es contrario al interés moral y al interés de la sociedad.

El deber del Estado frente a la familia no termina, sin embargo, en este reconocimiento negativo de su rol esencial. Está obligado a desarrollar una acción directamente encaminada a asegurar por todos los medios una vida familiar, estable y moral con casa higiénica, salario familiar adecuado a las necesidades reales, previsión social, protección de la madre y de los niños abandonados, etc.

La propiedad es para nosotros un derecho natural. ¿Pero cuáles son los límites hasta donde la propiedad es de derecho natural? ¿Un millón de pesos?... ¿Diez millones?... ¿Cien millones?... ¿Todo lo que pueda atesorar un hombre con su habilidad?...

¡No! Enfáticamente no. La propiedad, en su estricta acepción de derecho natural, está circunscrita a los bienes materiales, de los cuales la persona humana necesita disponer como propios para satisfacer sus necesidades legítimas, cumplir sus deberes de estado y desarrollar su personalidad moral. La doctrina cristiana enseña que si bien el *derecho* de propiedad es privado e individual el *uso* de la propiedad es eminentemente *social*.

La cuestión de principios termina en estos límites. Otra cosa es que por consideraciones de orden práctico sea conveniente o no, aplicar determinados criterios en el reconocimiento de la extensión de la propiedad privada en la vida de la comunidad. Pero aceptar un límite no es contrario al sentido cristiano del orden social. Puede o no ser aconsejable la limitación de las ganancias o la fijación de tributos que hagan imposible determinada capitalización particular. Pero no existe tampoco en esto una cuestión que afecte a los principios cristianos sobre la propiedad.

Denunciamos el principio marxista, anticristiano, de que el derecho de propiedad nace de la voluntad del Estado y no de la naturaleza humana misma, que impone a la sociedad la obligación de acatarlo en sus límites esenciales. Y denunciamos al régimen capitalista como un régimen anticristiano, porque, precisamente, conduce a la inmensa mayoría de los hombres a que no tengan acceso a la propiedad y permanezcan para siempre en la condición de asalariados. Si se declara lícito que cada cual atesore como suyo lo que pueda ganar ayudado por el capital previamente acumulado, por la técnica o por la habilidad, es imposible no admitir que tales riquezas concentradas en manos de pocos, sólo han podido juntarse a condición de que muchos no tengan nada. ¡Y es un pobre consuelo para la conciencia cristiana — y es un la-

tigazo en el rostro para la multitud de los proletarios! — la reflexión, entre cándida y cínica, que formulaba hace años un senador en Chile: "Con el régimen capitalista pasa lo mismo que en los banquetes: se empieza a servir por la cabeza. Pero hay siempre mal educados que no tienen paciencia para esperar su turno". No, ni aún esta imagen estrambótica del orden económico y social que produce el capitalismo, es cierta. Ocurre, desgraciadamente, que para que uno coma torta, hay diez que se quedan sin comer pan. ¡Y yo digo esta tarde, no como comunista, sino como cristiano, como católico, que nosotros preferimos que nadie coma torta si es necesario para que todos coman pan!

Hacemos estas denuncias no con nuestra autoridad, sino con el testimonio reiterado y directo de la Santa Sede y de la Jerarquía del mundo entero.

Por último, abreviando en razón de las circunstancias, tengo que decir que en los conceptos de libertad y de autoridad, y en el ejercicio de estos derechos que crean deberes, encontramos también una clara definición cristiana. No aceptamos un orden social en que la libertad pueda ser suprimida. Y no hablamos de la libertad física o moral solamente, sino también de la libertad política, cuya expresión más alta, armoniosa y coherente ha sido hallada en los principios sustantivos de la Democracia en cuanto tal. Es decir, entendemos por Democracia en este plano político, aquellos regímenes en que la Ley, dictada conforme a las normas jurídicas regulares, es la que gobierna el orden social; en que la gestión de los gobernantes es pública y criticable, y en que la forma del Poder Público y la persona de los gobernante son generadas en la voluntad regular de los ciudadanos.

La autoridad es para nosotros un principio consustancial con la sociedad misma. Marcamos los límites de la autoridad ceñida a la moral, a la ley y al respeto de los derechos propios del hombre y el ciudadano; pero la robustecemos en su tarea ordenadora, jerárquica y de activa defensa del interés común.

Señores Diputados: no he pretendido otra cosa que señalar de una manera rápida los grandes motivos ideológicos que definen nuestra actitud en el orden de los principios doctrinarios que mueven a los distintos grupos políticos en nuestra Patria. Creo que, aunque sea del modo simple como lo he hecho, nadie puede dejar de ver que nuestra posición frente a la interpretación del hombre y su destino; frente a la cuestión religiosa y confesional en la política; frente al análisis de los derechos naturales propios de la eminente dignidad espiritual del hombre; frente al concepto del Estado y sus finalidades y atribuciones; frente a las nociones fundamentales de Familia, Propiedad y Autoridad, nuestro pensamiento último arranca de

orígenes claramente distintos, y alcanza expresiones claramente diversas a las del marxismo o del liberalismo doctrinarios.

Luchamos por una imagen nueva del hombre en el campo de nuestra política. La recogemos, reverentes, en el seno vivo de la filosofía cristiana, y la proyectamos, bajo nuestra responsabilidad de ciudadanos, en el ámbito no confesional de la política. Pueden aceptarla y luchar por ella con fidelidad, católicos y no católicos. De los Obispos y Cardenales de Francia recogemos esta directiva dada por ellos en marzo de este año, a los católicos franceses: "Para la creación de este mejor orden social pedimos a los católicos estar listos a colaborar con todos los hombres de buena voluntad que, sea cual fuere su credo, lo desean al igual que nosotros".

Nos mueve la esperanza de que un día ha de llegar en que ella recoja la angustiada falta de orientación que hoy caracteriza el pensamiento político de casi todos los partidos y nos dé a todos una tensa voluntad de crear en Chile un orden económico y social de justicia y de paz.

2

PLAN POLÍTICO

He expuesto los fundamentos doctrinarios de la Falange, pero un partido existe propiamente como tal, cuando, además, de las ideas generales tiene un Plan Político. Llamo "plan político", señores Diputados, al conjunto de ideas sobre la realidad nacional, sobre las soluciones posibles y sobre los métodos adecuados para alcanzarlas.

Ya no se trata de criterios filosóficos, sino de criterios políticos para juzgar los fenómenos propios de la vida ordinaria de la nación en su estructura legal, su economía, su organización social y su política internacional; y de criterios prácticos para escoger los medios adecuados para superarlos.

Sin aristas muy claras, ¡es verdad! y con diversos matices entre un partido y otro, y entre una época y otra, pueden reconocerse, sin embargo, los rasgos que distinguen un plan político de Derecha y un plan político de Izquierda, en Chile. Debo decir que la Falange Nacional no acepta tampoco para sí, las actuales líneas definitivas de Derecha o de Izquierda en el orden político propiamente tal. La Falange Nacional cree tener también, si no un esquema político acabado con perfiles y consecuencias, por lo menos, ciertos conceptos que en su línea central la diferencian de la Derecha y de la Izquierda, que nacen en parte de su raíz ideológica diversa y en parte del convencimiento que la nación no tiene ya nada que esperar de la continuación de esta querrela.

Para proceder con orden, señor Presidente, voy a estudiar este problema de un "plan

político" para la nación en tres fases que estimo lógicas:

1.º—Juicio sobre nuestro régimen político actual; 2.º—Reformas esenciales en la estructura institucional del Estado y en el espíritu de nuestra política gubernamental y partidista; 3.º—Objetivos fundamentales en la economía, la educación, la cuestión social y la política internacional capaces de transformarse en grandes tareas nacionales para varias generaciones de chilenos.

Juicio sobre nuestro régimen político actual.

—Nuestra democracia en lo político está organizada a base de la oposición en Izquierdas y Derechas y de un teórico campo de transigencias y equilibrios, en el Centro. Es un régimen directamente derivado de la filosofía política del liberalismo doctrinario; y corresponde a la aplicación del mismo principio liberal que pretende organizar la Economía dividiéndola en Capital y Trabajo. La oposición entre Izquierdas y Derechas, como la oposición entre Capital y Trabajo, es una consecuencia prevista, necesaria e ineludible de la mecánica política y económica del pensamiento liberal individualista. Descansa en la ilusión que el "orden" nacerá automáticamente del equilibrio entre los intereses contrapuestos. No comprende ni acepta que no es la física y sus leyes, sino la moral, el único fundamento vivificante y real para que las obras de los hombres correspondan a la justicia y constituyan un orden digno de ese nombre. Y no alcanza a adivinar, que esos intereses contrapuestos —políticos o económicos— no tienden naturalmente al equilibrio, sino que, al revés, acuden a los más complicados arbitrios para robustecerse, agudizarse y enconarse, movidos por el propósito incontenible de aniquilar al adversario. En este hecho psicológico y moral —perfectamente constatable en Chile— reside una de las contradicciones esenciales del régimen democrático-liberal que lo conduce a la desintegración y a la dictadura fascista o proletaria. El marxismo —por su parte— no cree en la organización política del Estado a base de la oposición y un mítico equilibrio entre Derechas e Izquierdas; como no cree en una Economía a base de la oposición, y del ajuste posterior, entre Capital y Trabajo. Desprecia la escasa consistencia de esta teoría política, pero mucho más lúcido que sus adversarios, acepta los actuales términos de esa lucha, porque está seguro de que el tiempo trabaja a su favor y de que tarde o temprano se producirá el "show down" entre ricos y pobres, con 99 Lázarus de este lado de la barricada por cada Epulón, del otro.

¿Por qué la Falange no acepta el esquema de Derechas contra Izquierdas como ideal de organización de la Democracia?

No lo aceptamos, porque no es una idea de avanzada, sino, al contrario, un mecanismo anacrónico fundado en una teoría política actualmente agotada después de haber

cumplido su ciclo creador en los últimos 150 años. Continuar simulando una fe cansada en estos principios, equivale a querer plantear de nuevo la cáscara de lo que fué semilla.

No lo aceptamos porque los hechos están demostrándonos con un dramatismo atroz que el Estado organizado a base de este mecanismo se ha mostrado incapaz de resolver los nuevos problemas técnicos, sociales y económicos que la evolución humana ha creado en todos los países y también en Chile. El Estado liberal carece de ideas y de instrumentos adecuados para dirigir ordenadamente los destinos de la comunidad.

No lo aceptamos, por fin, porque —a pesar de lo que puedan creer quienes miran el problema superficialmente— este régimen no estabiliza la Democracia, sino que hace exactamente lo contrario. No es verdad que las Derechas y las Izquierdas se sucedan en el Poder como el péndulo oscilante en su suave vaivén. Alguien dijo que la Democracia "era un régimen de caballeros". ¡Pero el egoísmo y el odio hacen extraños "caballeros"! Lo único cierto es que después de cada vaivén, Derechas e Izquierdas se sienten más lejos, cultivan su desconfianza, aguzan su odio y afilan sus armas. Cada vez representan una polarización mayor de los intereses parciales que mutuamente defienden. Aunque mantengan el equilibrio de sus fuerzas electorales, la distancia psicológica y moral que las separa, se hace mayor y más honda. ¿Qué eficacia puede tener el Estado sometido a esta tensión? ¿Cuánto puede resistir la estructura externa de una democracia cuyos cimientos se hienden más y más? No olvidemos, señores Diputados, que no es por casualidad que los filo-fascistas se reclutaban casi todos en la Derecha, y los filo-soviéticos, en la Izquierda.

La lucha de Derechas contra Izquierdas no es el índice de salud de la democracia liberal, sino su gráfico de fiebre y agonía.

Reformas esenciales en la estructura institucional del Estado y en el espíritu de nuestra política gubernamental y partidista.— Es un hecho, a la vista, que esta organización del Estado ha fracasado en su propósito de dar una orientación activa a las fuerzas que integran la nación. Grandes zonas de la vida nacional escapan a su estructura y a su control. El poder político del Gobierno se genera en una heterogénea combinación de partidos —tanto cuando gobierna la Derecha, como la Izquierda— y resulta paralizado por la falta de criterios centrales y técnicos, y desgastado por la lucha propiamente partidista. Nuestro régimen electoral, por fin, que asegura una justicia admirable en la representación de las opiniones, tiene el defecto —a diferencia de la virtud del régimen electoral británico— que todas las luchas terminan en cuasi-empates. Nunca los vencedores en las batallas cívicas obtienen una porción suficiente de Poder como para asumir res-

ponsabilidades plenas. Nunca los derrotados dejan de tener una influencia decisiva y paralizadora en la gestión del Gobierno. Como los demás pueblos latinos, por otra parte, las opiniones se dispersan en tal número de partidos, que la acción pública se hace confusa e imprecisa. Además, los partidos mismos —y el fenómeno es perfectamente constatable en Chile— llegan a olvidar su función de instrumentos de la ciudadanía en la lucha por el perfeccionamiento de la colectividad, y no tardan en actuar como si el Partido fuera una finalidad en sí mismo. Se lucha por el Partido, para el Partido. Se es leal o desleal al Partido. El interés nacional en cuanto tal —no siempre, pero con frecuencia— ocupa sólo un segundo plano difuminado y borroso.

¿Qué hacer?

Organizar al Estado de manera que sea capaz de afrontar con éxito su nuevo papel. Imprimirle un sentido dinámico en una estructura ágil; dotarlo de efectivo poder y responsabilidad; ensanchar, más allá de los partidos, sus bases de sustentación hasta integrar en él a todas las fuerzas reales que forman la nación. Es éste retorno "a la salud" la primera necesidad de nuestro enfermo, confuso y paralítico sistema de gobierno. Todo lo demás vendrá por añadidura. Y ningún esquema de tareas por emprender, tendrá eficacia ni utilidad sin este retorno a la salud de la "función de gobierno". Para ello, tres cosas son indispensables a nuestro juicio: 1.º—Reformar el espíritu que mueve nuestra actual lucha política. Hay que desplazar definitiva y lealmente el prejuicio religioso o anti-religioso. Hay que superar el torpe esquema de Derechas contra Izquierdas, a base de iniciativas de gran envergadura que busquen los problemas y sus soluciones directas y técnicas, con beneficio para todos. Hay que elevar el plano generalmente turbio de la política partidista, impidiendo el acceso a las altas directivas y a los cargos de mando y representación públicos a hombres sin las mejores calidades morales; 2.º—Reformar la estructura del Estado dándole representación y responsabilidad —bajo la dirección inmediata y vigilante del Poder Político— a las fuerzas que forman la Economía, la Cultura y la Técnica en el país. Sé bien que el fascismo desacreditó la idea corporativa. Y personalmente no creo tampoco que la primitiva noción del Corporativismo sea actualmente una respuesta adecuada a los problemas de la sociedad moderna. Pero es indudable que hay que ir resueltamente a un ensanche de la base representativa de la nación en el organismo jurídico del Estado; 3.º—Finalmente, creo que para contar con una herramienta política, activamente dirigida a provocar la transformación moral y la reforma de estructura que he señalado, es preciso que todos los que anhelamos construir un nuevo orden social, más justo y mejor que el actual, debemos ir pensando en la unión de nuestras

fuerzas. En una unión íntima, sincera, de métodos y de intenciones. No tiemblo en pensar, señores Diputados, en la formación de un gran partido nuevo que estreche a hombres venidos de todas las tiendas políticas actuales. . . Y de la inmensa multitud, de la gran mayoría del país, que permanece en silencio, al margen de todos los partidos, mirándolos con desesperanza, con indiferencia o con rencor. ¡Si fuera posible para católicos y no católicos, hallar un programa fundamental en que se respeten las cosas esenciales, para la conciencia cristiana, que he señalado en la primera parte de mi exposición; y en que, al mismo tiempo, firme, recia, limpia como un rayo de sol, pueda proyectarse la voluntad de lucha por transformar aceleradamente el orden social actual! ¿Y por qué no ha de ser posible, señores Diputados, si una y otra vez estamos oyendo voces que vienen de todos los campos de nuestra política y de fuera de ella, y que coinciden en la apreciación fundamental de que hay que darle a Chile una política grande, capaz de conquistarle un destino feliz para su pueblo?

Yo no sé cuándo ni cómo, pero estoy seguro, con firme esperanza de que, tarde o temprano, seremos capaces de tendernos las manos por encima de vallas menudas, de prejuicios tontos, de egoísmos insostenibles, de odios inútiles, de triquiñuelas y miserias imposibles bajo la violenta luz que está empezando a iluminar la voluntad social que anima al mundo.

Objetivos para una política nacional.— Hay algunos "sensatos" practicistas que podrían decirme: "A nosotros todo eso, de una interpretación del hombre y del Estado; de un "plan político" hecho a base de un nuevo espíritu en la acción pública, una estructura más amplia del Estado y objetivos nacionales de gran envergadura, nos parecen palabras y nada más que palabras. Lo que queremos saber es qué harían ustedes concretamente si fueran Gobierno y tuvieran todas esas cosas. A ver, ¡contéstenos! ¿qué haría?".

Temo escandalizarlos, pero creo que en pocos países de la tierra existen mejores y más completos proyectos respecto a lo que habría que hacer prácticamente en cada materia importante —económica, social o educacional— de la vida nacional. Es, sin duda, la cuestión más sencilla de esta exposición. El problema espinudo hasta ahora en Chile no ha sido saber "qué" es lo que convendría hacer, sino el angustioso e inabordable problema de no saber "cómo" hacerlo, debido justamente al actual espíritu que anima nuestra política, a la deficiente estructura del Estado, a la paralizadora generación del poder público, a la falta de confianza del país en sus partidos, de los partidos en el Gobierno, del Gobierno en el Congreso, en los partidos y en sí mismo, de los industriales en sus obreros y de éstos en aquéllos, en una cade-

na sin fin, cuyos eslabones sería interminable seguir reconociendo.

Creo que el Plan Agrario —estudiado con participación de todos los grupos que intervienen en el problema y proyectado a 30 años plazo—; que el Plan de Riego —científicamente fundamentado y calculado para un desarrollo de 25 años plazo—, que los diversos Planes Industriales de la Corporación de Fomento —eléctrico, siderúrgico, maderero, pesquero, mecanización agrícola, etc., calculados en largas perspectivas— que el Plan de Vialidad, puertos y aeródromos y el de mejoramiento de los Ferrocarriles, etc., son ya realidades vivas capaces de llenar las manos del más ejecutivo de los Gobiernos por muy largos años. Junto a esto, si bien no con el mismo grado de consistencia y de avance concreto, hay un sinnúmero de vastos proyectos, muchos de ellos en marcha en escala reducida, otros detenidos solamente por la pobreza presente del Erario, tales como los planes de Habitación Popular, Política Sanitaria y Hospitalaria, Obras Públicas, etc. Y otros estudios particulares perfectamente viables como el Plan Naviero, la consolidación de la industria salitrera, el desarrollo de nuestra industria química, etc., que en conjunto proporcionan, si no un cuadro de síntesis, por lo menos una gran parte de las tareas concretas, de las "cosas por hacer" para un Gobierno que quisiera —y que pudiera!— darles forma y sacarlos del vago estado incorpóreo de "planes" y "proyectos".

Se sabe lo que se podría hacer. Lo que no se sabe es "cómo" hacerlo.

De todas maneras, y con el ánimo de expresar esto mismo con alguna mayor claridad, quiero dividir los grandes objetivos nacionales que serían las "cosas por hacer" durante cincuenta o más años en Chile, en cuatro aspectos fundamentales: económico, social, educacional e internacional.

Digamos de paso que esta clasificación sirve sólo para simplificar la exposición, ya que es muy difícil separar el problema económico del social, o vice-versa; o los problemas educacionales de los dos anteriores; y todos éstos del problema cada día más urgente y angustioso de una política internacional con perspectiva amplia, movida por ideales revolucionarios en el deficiente orden americano actual y sostenida con coraje, tenacidad y fe.

Y entremos ordenadamente en materia:

1.º—*Chile necesita una política económica y no la tiene.*—Resumo nuestro problema económico en una sola frase: *el país produce menos de lo que necesita.* Según el último cálculo sobre esta materia, necesitaríamos una renta nacional de 36.000 millones de pesos al año para garantizar a nuestra población los mínimos de alimentación, vestido y casa; y nuestra economía entrega al país apenas 18.000 millones al año en bienes, rentas y ser-

vicios de toda clase. Es decir, la mitad apenas de lo necesario.

Pero no estamos condenados por la naturaleza a ser un pueblo miserable. Es absolutamente cierto que: *el país puede producir varias veces más que hoy*. El problema consiste —nuevamente— en el "cómo" enlazar las dos proposiciones.

El secreto —otra vez— no está en las cosas mismas, sino en la mente y el corazón de los hombres. Para hacer posible ese enlace, para convertir en riquezas económicas las riquezas naturales potenciales de Chile, habría que aceptar tres o cuatro principios o criterios de acción. A nuestro juicio, son esenciales los siguientes: 1.º—El Estado debe intervenir en la economía. Tiene derecho a hacerlo y es, además, conveniente que lo haga. Aceptemos este hecho sin pesadumbre y ayudemos con toda nuestra fuerza a que esa intervención destinada a planificar el potencial económico nacional, disciplinar su desarrollo y acrecentar su rendimiento, sea técnica y no burocrática; nacional y no partidista o política; 2.º—La iniciativa privada es un elemento indispensable en la economía. La intervención del Estado no existe para castigar a la iniciativa privada o desplazarla torpemente de los ámbitos en que se mueve con eficacia, sino al revés, para estimularla, ayudarla, orientarla o suplementarla. Los pueblos nórdicos, y también otros, son una muestra visible de los prodigiosos resultados de orden industrial, económico y social que se logran en una armoniosa colaboración entre el Estado y los particulares; 3.º—La economía no podrá continuar siendo dirigida por el principio de que ella existe para el lucro de los productores; sino de que ella existe primariamente para el consumo y secundariamente para el lucro. La economía no tiene ni puede tener otra finalidad que la de servir primariamente a la comunidad de los hombres y sólo posteriormente obedecer al estímulo de la ganancia del capital; 4.º—Para que Chile produzca más es necesario trabajar más y mejorar la calidad del trabajo. Hay necesidad de una disciplina que necesariamente tendrá que traducirse en obligaciones y sacrificios. Ellos deben imponerse a todos en beneficio de todos. Pero así como nada sale de la nada, es inútil esperar que por arte de "birlibirloque" la Nación adquiera aquello de que carece. Es preciso comprender que es demagógico presentar el cuadro de nuestra debilidad económica como consecuencia de la mala distribución de la riqueza. En Chile el problema de la mala distribución de la riqueza existe, pero es un problema infinitesimal al lado del gran problema de la escasa creación de riqueza.

Estos son los criterios necesarios a nuestro juicio, para acometer el problema mismo de hacer rendir más a la economía chilena. Veamos ahora concretamente cuáles son las

perspectivas que el país tiene de aumentar su producción:

¿Tiene Chile porvenir industrial? Comenzamos por esto, porque la industria es la llave de la prosperidad económica en nuestra época. Una economía industrial necesita: materias primas abundantes y variadas; fuerza motriz barata; mano de obra capaz de especializarse técnicamente; y mercado consumidor. Chile está prodigiosamente dotado en materias primas básicas para la industria pesada y liviana; y en fuerza motriz barata, generada en caídas de agua cuya energía disponible se calcula en 6 millones de K. W., es decir, una proporción por habitante mayor que la de cualquier otro país del mundo, después de Noruega. Los técnicos y los obreros chilenos han demostrado prácticamente su capacidad para entender y dominar las instalaciones industriales modernas y las máquinas. Respecto al mercado consumidor, es preciso reconocer que constituye una debilidad fundamental en el cuadro del porvenir industrial del país, ya que la población es escasa y su poder de consumo, bajo. Pero esta deficiencia puede salvarse produciendo para exportar, por una parte, y desarrollando, por otra, una política internacional a corto y a largo plazo que aproxime a los pueblos americanos a una Federación que reúna sus mercados y especialice su producción.

El hierro y el acero, la madera, la pesca industrializada, la industria química, la industria textil, el carbón, la manufactura chilena del cobre, la industria naviera y la de edificación, el turismo, etc., son algunos de los grandes rubros sobre los cuales se levantaría con toda seguridad el porvenir industrial de Chile.

¿Tiene Chile porvenir agrícola? No podemos pensar que somos un pueblo agrícola. El día que sea una realidad la Federación de pueblos americanos y la especialización consiguiente de su producción, Chile habrá resuelto de un golpe el problema de su insuficiente producción agrícola. Pero mientras ese día llega, hay un vasto plan por realizar en la agricultura chilena, y muy buenas expectativas. El ensanche del terreno cultivable y regado, por el desboscamiento sistemático del sur y por el plan de regadío que en 25 años aumentará en un 50% la actual superficie regada de 1.200.000 hectáreas; la mecanización de las faenas agrícolas y el cultivo intensivo de las tierras; la industrialización del vino, del cáñamo, del aceite, de la fruta, del lino y de la madera; el desarrollo de una política forestal inteligente, son algunas de las grandes líneas que permitirían al país acrecentar inmensamente la suma de riquezas que recibe de su agricultura.

Por último, es seguro que conservaremos con ligeras variaciones nuestra actual condición de pueblo minero productor y exportador de materias primas tales como el salitre y el cobre. Es verdad que estos rubros son

los que cuentan menos, desde el punto de vista de la formación de una sólida industria. Es sabido que esa economía de exportación de materias primas, es lo que típicamente se llama "economía semi-colonial" en la cual se vende barato el producto de la naturaleza y se compra encarecido en centenares de veces el producto de las máquinas y la inteligencia aplicada a la transformación de las mismas materias primas.

En resumen: tanto la industria propiamente tal; como la agricultura, y la minería primaria, ofrecen a Chile una clara posibilidad de formar y desarrollar su potencial económico.

No es cierto que somos una nación pobre que debe formarse una mentalidad adaptada a este hecho. Es ésta la más torpe y malvada propaganda. Somos una nación que tiene al alcance de sus obras y de su inteligencia todos los elementos naturales necesarios para llegar a ser un pueblo rico, si pone al servicio de este propósito la suficiente habilidad, ambición, paciencia y valor.

2.º—*Chile necesita una política educacional y no la tiene.*— Tal vez la educación y sus deficiencias constituyan una de las tareas más graves para la nación. Nada sacamos con negar los hechos. Aunque es profundamente cierto que nuestra educación aparece como un modelo en comparación con la de otros pueblos americanos, la verdad cruda y desnuda es que: nuestra educación primaria deja al margen a más de medio millón de niños, por una parte, y por otra, instruye, pero no educa. No forma ni el carácter ni las costumbres de nuestras grandes masas. Nuestra educación secundaria prepara larvas de burócratas, de políticos, o de amargados sociales, más que hombres verdaderamente cultos y responsables, capaces de ser conductores en el medio social de la industria, el comercio o las variadas funciones de la vida pública y privada. Nuestras Universidades—lo mejor de nuestro sistema educacional—han iniciado hace muy pocos años una tarea específicamente dirigida a la investigación científica y al desarrollo y difusión de una alta cultura, más bien que a la mera formación de profesionales titulados.

3.º—*Chile necesita una política social.*— A pesar de que el país ha aceptado resueltamente medidas directas en la solución de sus problemas sociales, no hemos llegado a fijar un criterio conductor y central, y no hemos avanzado tampoco en las realizaciones efectivas frente a las cuales las leyes han quedado como meras buenas intenciones, por defectos de financiamientos o por intromisión del espíritu político o por la inercia burocrática.

Necesitamos una política social de defensa de la familia; de vivienda obrera; de rectificación del orden económico tendiente a

orientar la economía para el consumo; de lucha eficaz contra el alcoholismo, el juego, la imprevisión, las enfermedades sociales, de asegurar la adecuada alimentación y atención sanitaria de los niños; de establecer un régimen de previsión que garantice efectivamente al trabajador manual o intelectual los riesgos profesionales, la enfermedad, la vejez, la invalidez, la cesantía y la muerte.

4.º—*Chile necesita una política internacional y no la tiene.*— Jamás ha sido más necesario que ahora que el país tenga una política internacional clara y de gran alcance. Sólo así puede resguardar eficazmente su porvenir. Nuestra política internacional no debe agotarse en la exclusiva consideración del problema de la no revisión de los Tratados. Tenemos razón al defender esa posición, y todas las conferencias internacionales así lo han reconocido. Pero la nación tiene derecho a exigir que su política internacional sirva con éxito otros objetivos dinámicos, esenciales para su destino. Ella debe asegurarnos resultados substanciales en problemas como los siguientes:

A) En Chapultepec se proscribió la guerra en América. Pues bien ¿qué valor real ha tenido esa solemne declaración en la política de armamentos y de gastos militares de los pueblos latinoamericanos? ¡Ninguno! Yo no sé si los señores Diputados conocen el hecho monstruoso de que este año—1945— los pueblos latinoamericanos gastarán en finalidades militares la suma pavorosa de casi MIL MILLONES DE DOLARES. ¡Mas de 20 mil millones de pesos chilenos! Chile contribuye a esta cifra con más de dos mil millones de pesos en el presente año. ¿Cuál debe ser uno de los primeros objetivos racionales de la política internacional de estos países? Ciertamente el control de los gastos armamentistas, e inmediatamente después una política activa de desarme general y simultáneo. Es difícil concebir, señores Diputados, en los objetivos inmediatos que podrían ser servidos por nuestra Cancillería, una materia de más vasto alcance moral y de mayor provecho económico para estos pueblos del Continente.

B) Frente a los Estados Unidos, nuestra política internacional debe continuar siendo franca y directamente afirmativa de la unidad continental y del panamericanismo. Pero al mismo tiempo esforzarse por que en los Estados Unidos sea comprendido nuestro punto de vista respecto al orden continental americano, y a los reajustes necesarios para que se transforme en un sistema jurídico y económico capaz de desafiar todas las contingencias. Jamás en el curso de la historia humana, señores Diputados, un pueblo ha tenido como los Estados Unidos de Norte América hoy, tal suma de poder político, de prestigio moral, de recursos económicos, de fuerza militar, para dar al mundo—o por lo menos a esta parte del mundo— un orden

justo y que funcione. Yo tengo confianza en la pureza idealista del pueblo y del Gobierno de los Estados Unidos. Pero el poder es una gran responsabilidad y es preciso que todos —también nosotros— nos adelantemos a que esa responsabilidad sea usada con justicia, con largueza de visión, con equidad.

En un sentido más estrictamente de interés nacional, nuestra Cancillería debe obtener lo que lícitamente Chile puede pedir que sea reconocido por parte de los Estados Unidos. Es decir, una cuota equitativa en el mercado mundial de salitre y de cobre; una ayuda proporcionada a la importancia y posibilidades de Chile, en el plan de industrialización; una cuota justa en el mercado de fletes marítimos entre Chile y los Estados Unidos.

C) Frente al orden continental latinoamericano, creemos que nuestra Cancillería debiera tener una aguda conciencia de que el actual "orden" internacional latinoamericano está mal concebido, opone inevitablemente los intereses nacionales de un Estado a los de sus vecinos, y va gastando de un modo lento, pero irresistible, el patrimonio común unitario con que comenzamos hace un siglo, en la hora de nuestra Independencia.

No hay destino para ningún pueblo latinoamericano si se encierra en sus fronteras. Sólo podemos conquistar la independencia económica y el acceso al bienestar, a la cultura y al sentido de nuestra misión humana y universal, si somos capaces de modificar la estructura actual del Continente Sur, trabajado por fuerzas que provocan la dispersión de los pueblos que lo componen, y la reemplazamos por una política internacional activamente dirigida a sellar otra vez la comunidad de destino, rota en las gestas de la Independencia.

* * *

Yo estoy seguro, señores Diputados, de que no hay rencor que venga del pasado, ni tentación alguna frente a nosotros en el porvenir, que puedan ser tan fuertes como para hacer imposible que nos unamos todos los chilenos en estos propósitos de darle a Chile una política económica moderna y eficaz; una política educacional que nos devuelva un pueblo sano, moral y físicamente; una política social que levante la condición de las grandes masas y acerque al país a un orden cristiano; una política internacional que nos libere de nuestras limitaciones y nos una al gran destino continental; que aguarda a toda la América: a la del Norte y a la del Sur, en la nueva edad que hoy empieza a alborear para la raza humana.

3

UBICACION POLITICA Y "TACTICA"

Quiero analizar ahora las actuaciones políticas concretas de la Falange. Su frecuen-

te coincidencia con los partidos de Izquierda en la Cámara de Diputados. Su colaboración electoral con la Izquierda en elecciones recientes. Su negativa a ingresar a la Alianza Democrática. Sus propósitos políticos para el porvenir inmediato.

Hablo especialmente para nuestros amigos y para los falangistas, a quienes se intenta sorprender con malvadas desfiguraciones de nuestra posición.

Como hemos visto, un partido está formado por el conjunto de principios que lo definen ideológicamente y por las decisiones concretas que toma en la política inmediata.

En el campo ideológico la Falange Nacional es irremediamente independiente de la Derecha y de la Izquierda, porque sus conceptos son distintos, cuando no contrarios, a la filosofía marxista o capitalista. Pero el problema no termina ahí. Un partido tiene también deberes concretos que cumplir para con el país. No es solamente un conjunto de principios. Es también una serie inacabable de decisiones que debe tomar cada día para servir aquellos principios.

Un partido ideológicamente independiente, puede hacer una de dos cosas en el campo de la acción práctica: o prolonga esa independencia en la acción política concreta, y levanta como método de acción el ataque a lo establecido, el aislamiento rabioso, la organización implacable del descontento; o, si no, acepta una colaboración limitada, pero leal, tendiente a contribuir a mejorar en lo que es posible al presente del país, y a ganar tiempo para preparar el cambio de mentalidad y de actitud, necesario para reemplazar el esquema mecanicista y agotado de Derechas contra Izquierdas, por una política de amplia envergadura nacional.

Quiero que sepan nuestros camaradas que la Falange Nacional ha optado por el segundo camino. No ha querido la Directiva falangista emplear como método de acción la no-colaboración con lo existente; el aislamiento; la implacable organización del descontento en contra del régimen que nos gobierna o des-gobierna. Son muchas las razones que la movieron a tomar esta actitud y no es del caso analizarlas aquí. Lo real es que hemos decidido actuar en un plano de limitada colaboración con el orden presente, con el doble objeto señalado: servir al país en sus necesidades inmediatas en la medida de nuestras fuerzas, y ganar tiempo para preparar el advenimiento de una nueva conciencia cívica y de una nueva dirección en los negocios del Estado. No se trata de que estemos comprometiendo nuestra independencia ideológica. No podríamos hacerlo sin destruir la esencia misma del Partido. No tenemos interés ni podemos pensar tampoco en ninguna forma de fusión, o de colaboración permanente o incondicional con el marxismo o el capitalismo. Las ideas poseen una fuerza interior implacable y rectilínea.

Pero sí podemos —y es lo que estamos haciendo— aceptar en los problemas concretos de gobierno de acción parlamentaria o de interés general, colaborar determinadamente con quienes propician soluciones del mismo género que las nuestras; aún cuando sus finalidades remotas sean distintas que las nuestras. Por eso está Frei en el Ministerio del señor Ríos. Por eso aquí en la Cámara mantenemos un contacto cordial con los Comités de Izquierda. Por eso hemos librado y estamos librando jornadas electorales comunes con partidos de Izquierda.

¿Por qué, manteniendo una posición doctrinaria tan distante de la Derecha como de la Izquierda coincidimos en la práctica tanto con la Izquierda y tan poco con la Derecha, en los problemas sociales y de orientación económica? La razón no es tanto de doctrina, cuanto de orden psicológico. Y es bien sencilla; mientras la posición de la Izquierda se define más bien por su voluntad de cambio, por su inquietud renovadora frente al orden existente, por su intención transformadora, la posición de la derecha —con todas las excepciones particulares que se quiera— aparece, por lo menos, en una posición pasiva y de resistencia a las modificaciones en la estructura del actual orden económico y social.

No es extraño que nos encontremos mucho más frecuentemente con aquellos que quieren cambiar el orden existente, que con aquellos que quieren conservarlo.

Hay quienes se “escandalizan” de ver hombres nuestros en las directivas de la C.T.Ch., y de los Sindicatos de Obreros y Empleados; y de que apoyemos huelgas justas. No me interesa la opinión de quienes no tienen sentido sino para defender sus propios intereses egoístas. Pero sí me importa que no se formen una opinión injusta de nosotros, esa gran mayoría de personas que, sin tener su conciencia vendida al dinero y al egoísmo, creen que actuamos mal al actuar en esta forma.

A ellos les decimos que si queremos terminar con lo que Pío XI llamó “el gran escándalo” del Siglo XX, —la apostasía de las masas— es indispensable que los cristianos, en nuestra acción temporal, vayamos a buscar al pueblo en donde el pueblo está. Tengamos con él un contacto auténtico y no postizo ni verbalista. Tengamos el coraje de separar el “hecho marxista” del “hecho proletario” asumiendo nosotros mismos todas las reivindicaciones justas y humanas del proletariado, sin colaborar a las falsas filosofías que han promovido esas mismas reivindicaciones. A esas personas, cuya opinión nos interesa profundamente, porque tienen una conciencia recta y un corazón cristiano, les reiteramos que no cometan ellos —¡y que no nos pidan cometerlo a nosotros!— el trágico error, o la hipocresía de culpar de “comunistas” o

“marxistas”, y de negar toda comprensión o ayuda, a las luchas justas por mejores condiciones de vida de las grandes masas trabajadoras. Los deberes que impone la fraternidad cristiana no pueden aceptarse sólo en las intenciones, sino que deben traducirse en la vida real. Y no podemos los cristianos consentir tampoco pasivamente en el escándalo intolerable que la lucha real por un orden más justo y más cristiano sea llevada precisamente por quienes combaten a Cristo y a su Iglesia. Hay en el Evangelio de San Mateo un texto que hiela el corazón: “Un hombre tenía dos hijos, y acercándose al primero, le dijo: Hijo, anda hoy a trabajar mi viña. Y éste le respondió diciendo: No quiero. Pero después, arrepentido, fué. Acercándose al otro le dijo lo mismo. Y éste, respondiéndole dijo: Iré, señor. Pero no fué. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre? Le dijeron: el primero. Y Jesús les dijo: “en verdad os digo que los publicanos y las meretrices os precederán en el reino de Dios”. (Mateo, XXI-28-31).

Nosotros queremos leal y prácticamente ayudar a establecer en Chile un orden mejor que el orden injusto y anti-cristiano de la sociedad actual. Por eso, repito, que lo esencial para nosotros no es meter el dedo en esta vieja llaga de las querellas políticas de Izquierda y Derecha, sino esforzarnos por hallar un criterio nuevo, una ambición de Patria, libertad y justicia suficientemente fuerte como para quebrar los intereses o incomprendiones que hoy nos dividen. Yo sé que hay multitud de hombres sanos, patriotas, capaces en la Derecha y en la Izquierda, y fuera de ellos, en el país. A ellos nos dirigimos. Tal vez sea muy pronto, tal vez sea necesario esperar que madure lentamente la conciencia de que divididos estamos perdidos. Pero yo sé, señor Presidente, con la misma certidumbre interior con que luchaban al parecer sin esperanzas, los hombres de la resistencia en el instante victorioso de la arrogancia nazi, ¡yo sé que un día llegará...! ¡Yo sé, como en la guerra pasada los soldados belgas, batiéndose en el fango de Flandes, hambrientos y vencidos: “¡Un día llegará!”. A nosotros los falangistas, nos sostiene esa esperanza, nos alienta esa certeza. Sí, señores Diputados, cualesquiera que hayan sido nuestras querellas de ayer y de hoy, podemos salvarnos, si así lo queremos. Y nosotros, los falangistas, que nacimos a la vida política sin intereses creados ni por crear; que aún no tenemos diez años en nuestra breve historia; que seguimos con el corazón unido a nuestro primer anhelo de una política creadora y nacional; nosotros sabemos, señores, ¡lo sentimos en nuestra sangre! nosotros sabemos que el día de la unidad y la reconciliación, ese día... ¡¡llegará!!